

MIÉRCOLES, 17 DE MARZO DE 2004

suplementos@diariojaen.es

<p><b>LIBROS</b> Nicholas Sparks presenta "La boda" ■ pág. 39</p>	<p><b>LITERATURA</b> "Los nombres del aire", de Ruy Sánchez ■ pág. 40</p>	<p><b>LITERATURA</b> Encuentro de la Fundación Ayala ■ pág. 41</p>	<p><b>ARTE</b> Dibujos y estampas, la colección Rothschild ■ pág. 42</p>	<p><b>EN DETALLE</b> Banda de Música de Torredonjimeno ■ pág. 44</p>
---	---	--	--	--



## La damnatio memoriae o la negación de la memoria

texto Santiago Quesada García

La *damnatio memoriae* era una condena judicial, que se ejercía en época romana. Consistía en que a la muerte de una persona, considerada enemiga del Estado, se decretaba la condena de su recuerdo, retirando o destruyendo sus imágenes y su nombre en todas las inscripciones donde figurara. Es decir, el Estado promulgaba una condena con la intención de borrar su propio pasado, de renunciar a una parte de sí mismo, era literalmente una "condena de la memoria". La *damnatio*

*memoriae* se ha venido practicando, consciente o inconscientemente, a lo largo de los siglos. En la actualidad nuestra civilización, nuestra sociedad ha desarrollado una *damnatio* mucho más sutil, más cruel y mucho más eficaz contra su propia memoria y su propia cultura. La civilización occidental es la única en la historia de la humanidad que ha sabido desarrollar y construir los mecanismos necesarios para imponerse sobre todas las demás, anulándolas. Pero lo hace de manera especial autoaplastándose culturalmente a sí misma.

Todo el desarrollo moderno está concentrado en el progreso y éste

nos debe llevar al paraíso. Se crea un modo de ser que tiene como dogma y única verdad: la eficiencia, el éxito, la competitividad, destruyéndose los mecanismos de compensación propios de una cultura. La civilización moderna para imponer sus puntos de vista, para vender más, ha debido destruir aspectos importantes de su propio cuerpo cultural, de sus tradiciones, porque una civilización sin cultura propia, sin criterio, se convierte en una gran máquina productiva, pero vacía.

Una de las consecuencias visibles de este implacable rodillo, son nuestras ciudades. Ciudades que

no reconocemos y en las que no nos reconocemos. Ciudades que se transforman a un ritmo tan vertiginoso que no podemos asimilar. La memoria de nuestras ciudades son los palacios, conventos, iglesias, pero sobre todo es una arquitectura que llamamos popular, tradicional o vernácula, son las casas donde hemos habitado. Arquitectura anónima cuyo valor radica en su condición de testigo que nos habla del pasado y del presente, de la evolución de una colectividad, de cómo ha resuelto sus necesidades materiales y espirituales, de cómo se han articulado sus diferentes sectores sociales, de cómo se han

desarrollado soluciones constructivas, de cómo se han empleado materiales autóctonos, etcétera.

Nuestra sociedad ha decretado una *damnatio memoriae* sobre su arquitectura popular. Un patrimonio asociado a un pasado de escasez, que sus antiguos habitantes y vecinos quieren olvidar a toda costa y, en cuanto pueden, lo arrasan para sustituirlo por modos de habitar y sistemas constructivos, a menudo carentes de lógica y funcionalidad. Nos olvidamos que estas viejas edificaciones, como la música popular, la forma de hablar, la gastronomía son nuestra memoria, nos relacionan con →

→ el pasado y nos identifican con nuestra tierra. Con su abandono, desprecio o demolición estamos procediendo a una auténtica negación de nuestra memoria.

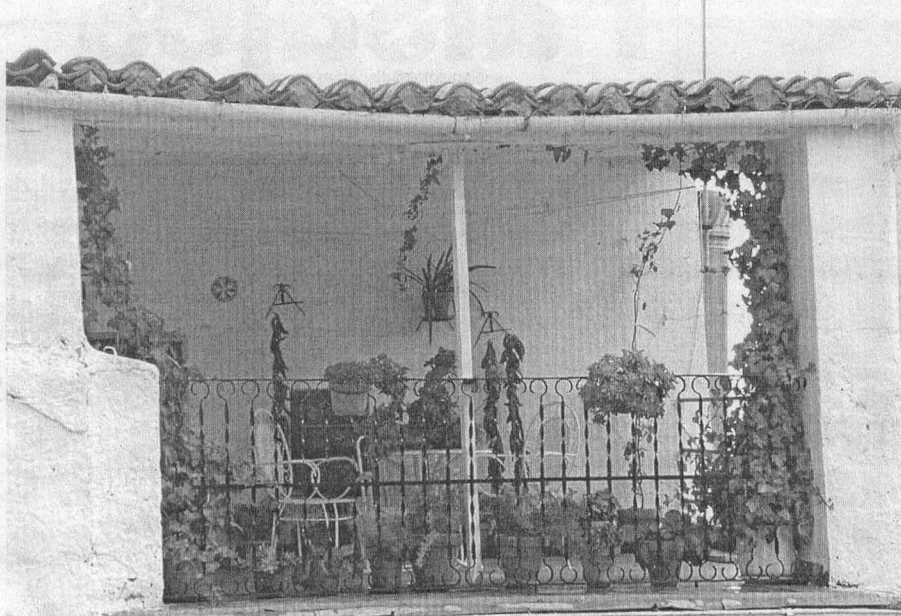
Sólo lo monumental, lo histórico, lo artístico o lo antiguo se considera patrimonio. El valor que se da a la arquitectura popular es inexistente y, en el peor de los casos, negativo. Se supone, además, que no es tan escasa como la arquitectura histórica. Sin embargo, las condiciones que hicieron posible estas construcciones vernáculas han cambiado, la economía y cultura que las produjeron han desaparecido. Habría que comenzar a pensar en la arquitectura tradicional como un bien que puede pasar de la abundancia a la total extinción, con la riqueza de la que han hecho y hacen gala un considerable número de poblaciones jiennenses, sin que nadie se haya alarmado. Es un problema arquitectónico, pero también histórico, económico, etnológico, social... y sobre todo es un problema cultural.

### Bellos paisajes

La provincia de Jaén tiene algunos de los paisajes más bellos de Andalucía, su arquitectura popular se hace paisaje, forma parte del paisaje, es paisaje con toda su profunda significación cultural. Pero es también uno de los que con más rapidez y eficacia se está destruyendo. Como si se tratara de un vestigio infamante del pasado, parece que hay que sustituir su caserío lo antes posible para borrarlo del paisaje. Desde los años cincuenta del siglo veinte, las ciudades y pueblos de Jaén han asumido con una natural indiferencia los procesos de alteración y sustitución de las viejas y antiguas casas de sus conjuntos urbanos. La sencillez y sobriedad de su arquitectura tradicional ha servido como excusa para poder actuar sin ningún reparo, ni escrúpulo en su patrimonio edificado heredado.

Sobre la arquitectura popular confluyen una serie de causas que pueden precipitar su desaparición: desde los profundos cambios habidos en nuestra historia económica reciente que han dejado, de un año para otro, obsoletas buena parte de las tipologías tradicionales de vivienda; hasta los tópicos homogeneizadores que consideran la arquitectura popular desde su aspecto pintoresco o superficial, produciendo construcciones neofolclóricas como esencia de una arquitectura andaluza igual en toda la región. La arquitectura vernácula no se ha valorado nunca por las soluciones que aporta a los problemas que el medio le planteaba: implantación, ventilación, funcionalidad...

En muchos casos, el proceso de renovación urbana es potenciado por determinados agentes que practican una arquitectura y un urbanismo atroz. Lo que importa es el gasto, la inversión y como hacerlo visible, no el proceso, el método o el resultado. Bajo la etiqueta de "rehabilitación" y con el argumento de realizar mejoras en la calidad de la vivienda, se encubre, a veces, una especulación urbanística que sirve para implantar modelos muy rentables, más adecuados a las finalidades del mercado



La arquitectura popular es la arquitectura del sentido común. Se caracteriza por su adaptación al medio.

que a las necesidades del habitante. La consecuencia inmediata es la falta de identificación con este modelo y por tanto el desarraigo.

El convencimiento de que, gracias al grado de desarrollo y tecnología que hemos alcanzado, somos capaces de hacerlo mejor que en cualquier otro tiempo o arquitectura pasada, está provocando la desaparición de una parte muy importante de este patrimonio tan débil. Porque lo fácil y cómodo para todos, es constatar que estos edificios no se adaptan a nuestras actuales necesidades, para poder derribarlos. Ha existido y existe la convicción de que lo que se está cayendo, bien caído está. Paradójicamente, en sociedades más conscientes de lo que este patrimonio significa, la misma tecnología permite el rescate y reutilización de los viejos materiales, haciendo confortables las casas, manteniendo la memoria del lugar y teniendo un desarrollo más sostenible. En nuestras ciudades estamos asistiendo impávidos al desmantelamiento de nuestra propia identidad suplantándola por maneras de vivir que nada tienen de común con nosotros.

### Nostalgia de lo que perdimos

Y entonces aparece la nostalgia. Nostalgia de las ciudades que perdimos, sin saber cómo, ni por qué. Como si tuviéramos mala conciencia, reaccionamos intentando

mantener viva esta memoria protegiendo monumentos, haciendo museos, refugiándonos en procesiones de Semana Santa —que nos remiten año tras año a las imágenes de infancia que tenemos de nuestra ciudad— o publicando libros con fotos en blanco y negro de lo que fueron y ya no son nuestras ciudades. Parece que hay una relación proporcional entre la destrucción de una ciudad y la publicación de libros nostálgicos sobre la misma. La necesidad de definir y



“

**Sólo se ama lo que se conoce y sólo se defiende lo que se ama. Hay que estudiar y valorar la arquitectura popular**

afirmar una identidad propia, es utilizada para crear un artículo más de consumo. Sin embargo, la nostalgia y el lamento no nos devolverán lo que perdimos. Ante semejante panorama ¿qué futuro le espera a la arquitectura popular? ¿existe verdadera conciencia y voluntad colectiva de que hay que protegerla? Y si esto es cierto ¿de qué manera se puede proteger?

Afortunadamente ninguna *damnatio* fue lo suficientemente eficaz como para borrar el recuerdo del individuo al que condenaba y sus rastros, transcurridos los siglos, son interpretados por arqueólogos. Pero de la arquitectura popular en desuso no quedan ruinas, ni menos aún ruinas gloriosas: sino un montón de escombros. Se trata de que mantengamos vivas estas edificaciones, usándolas. En vez de llorar lo que perdimos deberíamos valorar lo que tenemos.

La preservación de la arquitectura popular, pasa por un definitivo cambio de actitudes ante la misma: tanto por parte de las administraciones que, con políticas de concienciación, deberían articular medidas coherentes destinadas a su revalorización y conservación, como por las personas que aún habitan y usan esta arquitectura, para que reconociendo el valor de lo que poseen, cambien su actitud negativa hacia la misma. Conocer y documentar la arquitectura popular es el punto de partida para estable-

## Arquitectura anónima

La memoria de nuestras ciudades son los palacios, conventos, iglesias, pero sobre todo es una arquitectura que llamamos popular, tradicional o vernácula, son las casas donde hemos habitado. Arquitectura anónima cuyo valor radica en su condición de testigo que nos habla del pasado y del presente, de la evolución de una colectividad, de cómo ha resuelto sus necesidades materiales y espirituales, de cómo se han articulado sus diferentes sectores sociales, de cómo se han desarrollado soluciones constructivas o de cómo se han empleado materiales autóctonos.

ser los criterios adecuados de intervención y protección, entendiendo que cualquier medida administrativa que intente imponer una conservación absoluta de todo lo que queda, sería imposible e inapropiada.

### Antiguo, no viejo

Es necesario cambiar el concepto negativo de "viejo" por el positivo de "antiguo", aplicándolo a materiales, construcciones y espacios arquitectónicos. Esto supondría reconsiderar el valor de muchos de estos elementos como ejemplos del buen hacer de las construcciones del pasado: sus condiciones ambientales, materiales, su distribución interna, su racionalidad. Uno de los problemas más importantes para el arquitecto contemporáneo es el de hacer compatible la técnica moderna con la memoria del lugar donde edifica. Frente a la infalibilidad aparente de los nuevos materiales y técnicas, se debería apreciar y valorar lo que aún queda de los nobles y antiguos materiales y su tradición constructiva. Esta actitud no supone una renuncia a la arquitectura contemporánea, sino que tiene que ver con la forma de entender la relación entre la arquitectura heredada y la nueva arquitectura.

Memoria, identidad, patrimonio... Preservar nuestras construcciones tradicionales es testimoniar su significado histórico, arquitectónico y social como parte de un paisaje y una memoria colectiva que nos pertenece. Porque sin memoria no hay poesía. Y la memoria es necesaria para que el individuo contemporáneo pueda definir su identidad y su propio medio.

Sólo se ama lo que se conoce y sólo se defiende lo que se ama. Estudiar, analizar, conocer la arquitectura popular debería ser una importante labor de cualquier sociedad civilizada. Porque conocer algo tan bello, tan trabajadamente espontáneo, es el mejor camino de amarlo y como consecuencia defenderlo para que quede algo más que el recuerdo de unas fotos en blanco y negro. ■

## Un cambio de actitudes

La preservación de la arquitectura popular pasa por un definitivo cambio de actitudes ante la misma: tanto por parte de las administraciones que, con políticas de concienciación, deberían articular medidas coherentes destinadas a su revalorización y conservación, como por las personas que aún habitan y usan esta arquitectura, para que reconociendo el valor de lo que poseen, cambien su actitud negativa hacia la misma. Conocer y docu-

mentar la arquitectura popular es el punto de partida para establecer los criterios adecuados de intervención y protección, entendiendo que cualquier medida administrativa que intente imponer una conservación absoluta de todo lo que queda, sería imposible e inapropiada. Es necesario cambiar el concepto negativo de "viejo" por el positivo de "antiguo", aplicándolo a materiales, construcciones y espacios arquitectónicos.

